

FRASQUITO EL HERRADOR

ANTONIO HERNANDEZ

FRASQUITO EL HERRADOR

Más que a mi padre mi hermano Rolo se parecía a mi tío Andrés. La gente se lo decía a mi madre: «este niño a quien se parece es a tu hermano.» Se parecía, claro, en lo travieso, en el afán diablo que tenía, en lo de las hazañas de los héroes extremeños, que, en su caso, no pasaban de cristales rotos, golondrinas vencidas y gatos lisiados. En la fonda había una colonia de perros, gatos, cuervos y otros bichos que ya quisiera Disneylandia. La fonda, más que un cobijo para el viajero, parecía un zoo doméstico, por más que, de cuando en cuando, mi hermano se colara con un cuervo, un lagarto o un tejón que había cambiado por la chaqueta nueva o por los calcetines. Como a mi abuelo también le dió la manía de poblar de cines de verano la mitad de la Sierra de Cádiz y, en la fonda, las propagandas de películas eran el pan de los huéspedes, había un perro altanero que se llamaba Clark, por Clark Gable, y una perra cachonda que respondía por Rita y un gato rubio y malandrín al que pusieron Bur. Desde Bibeca Linfor hasta Stan Laurel andaban por allí como Torcuato Luca de Tena por el ABC., y mi hermano Rolo, a falta de querencia por los libros, se aplicaba en domarlos, poniéndolos en fila, mientras cantaba —influencias de mi tío— el Himno Nacional con letra de Pemán, o en enfrentarlos en un partido de fútbol surrealista, donde él era el árbitro y el balón un globo que, inevitablemente, iba a golear la red de sopa del plato de los clientes. Esa era su vocación más visible, la de domador, aunque se le conociera más por el oficio de sus diabluras y disputas con un herrador, Frasquito, vecino de la fonda y empeñado en corregirlo a base de asustarlo y decirle «te voy a capar» y otras amenazas sin convencimiento. Frasquito el herrador era una cantidad tal de carnes que hacía imposible pensar en balanzas ante una supuesta tara. Tenía que sentarse en dos sillas, una para el trasero multinacional y otra para la

volancha de las pellas laterales. Mi tío Andrés decía que la chaquetilla no la habían hecho con el telón de un circo y los calzones con la caseta de la campaña del general Varela. Mi tío Andrés era, en realidad, quien aconsejaba a mi hermano para que le espantara las yeguas a Frasquito o le pusiera fin a su sueño de caballos cuarterones, que eran los que tenían las pezuñas más grandes, los que le daban más dinero y los que necesitaban herraduras con tamaño de bobas. «Vete a la azotea y échale agua a Frasquito», le decía. «Tírale la bandeja del camarero al lado.» Y mi hermano, neto gazpachero de las bromas pesadas de mi tío, le amonestaba alrededor de su humanidad y las sillas los cagajones dispersos que habían dejado las bestias en la cuadra, le soltaba la argolla del perro guardián o le tiraba triquitraques por donde los ronquidos espaciales, como trucos eran. Frasquito, cuando se despertaba sobresaltado, le decía que lo iba a capar, iniciando un improbable movimiento, mientras que mi hermano fácilmente se ponía a salvo, interrumpiendo con gasolina el coito de los perros o buscando al Landrú, un gato más salvaje que Somoza, amo de la despensa, indisciplinado montuno que no quería desfilas con el Himno, más escurridizo que el Lute, prisionero imposible de mi hermano y mi tío.

—Sobri, cuando lo cojamos, ya verás para lo que lo tengo reservado.

Y un día, el Landrú, cayó. Se había metido en una habitación de la fonda y, con la ventana abierta, el viento le cerró la puerta. «Ahora es la nuestra, sobri», le decía mi tío a mi hermano, que había acudido hasta allí, alertado por los maullidos.

Frasquito el herrador dormía entre las sillas como un varón feliz y contentado en su sueño de praderas con caballos cuarterones. Mi tío abría la puerta de la habitación, al desgaire, como el que no quiere la cosa con el objeto de confiar al Landrú, y mi hermano estiraba la boca de un saco, posada temporal destinada a los maullidos. Cuando el Landrú vio la abertura ocurrió lo que tenía que ocurrir: metió la cabeza y mi tío jaló hasta que el gato dejó de maullar y de contorsionarse. Ellos sabían que los gatos tienen siete vidas como Hussein de Jordania y, al rato, Currito el herrador rodaba por el suelo, las yeguas respingaban, el gato daba saltos, las sillas mártires, por fin, descansaban, plegadas en el suelo. Y las gentes se arremolinaban sobre el herrador que, entre convulsiones, como un poseso decía: «Ese ha sido el Rolito, el hijoputa del Rolito... Lo voy a capar.»

Mi hermano, que observaba el terremoto por detrás de los visillos, pensó que aquella vez iba a ser cierto. Pero Frasquito el

herrador le vendió el negocio de pezuñas a mi abuelo y se fue a vivir a Sevilla.

Dicen por el pueblo que se colocó en un circo, de atracción. Y que cuando le dijeron que tenían que ir a Arcos en una feria, se licenció también del circo.

(Del libro en preparación *Saga entornada*).

